



## PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

VIERNES 15 DE MARZO DE 1872.

NÚM. 97.



GETSEMANÍ.

### LA LUZ.

Se acerca la Semana Santa. La conmemoración de la muerte del Cristo se aproxima. Los corazones palpitan de angustia; las sonrisas de inocente alegría se hielan en los labios; los ojos se llenan de lágrimas. ¡El Cristo ha muerto!

Diez y nueve siglos han pasado desde aquel día negro entre los mas negros de la humana historia; diez y nueve siglos han pasado y la humanidad no ha dejado mas ó menos intensamente ni un solo día de llorar á Aquel que murió por ella. Sobre la cabeza de todos los pueblos ha pasado el viento de todas las tempesta-

des; sobre la conciencia de todos los siglos ha pasado el huracan de todos los errores humanos, y sin embargo, ni de la conciencia de los unos ni del pensamiento de los otros se ha apartado jamás la memoria del Cristo vivo y del Cristo muerto.

Los bienhechores de la humanidad viven en la memoria de los pueblos, es cierto. Los mártires de las ideas generosas y grandes viven en la memoria de los hombres. Los que han vivido en el porvenir y para el porvenir mas que en el presente y para el presente; los que han dicho con voz balbuciente una verdad de lo venidero y aquella verdad les ha costado la vida; los que han arrojado sobre el monton de sombras de la sociedad en que vivian toda

la luz que la Providencia habia depositado en su frente, profetas de las cosas humanas, ilustres soñadores de las realidades del día siguiente, todos ellos tienen títulos al agradecimiento de los hombres; y en efecto, los hombres aman su recuerdo y veneran su desprendimiento, su valor y su abnegación. Pero con Jesucristo sucede una cosa especialísima. Se le ama mas y se le ama de una manera mas tierna á medida que pasa mas tiempo; la veneración que se tiene hacia los hombres ilustres cambia segun los tiempos, segun las costumbres, segun la crítica, segun las ideas políticas, literarias, sociales ó económicas del pueblo en que vivieron; la veneración hacia el Cristo ha sido siempre la misma. Las revolu-



ciones han derribado las estatuas de hombres que ayer fueron los ídolos de un siglo ó de una civilización; todas las civilizaciones, todos los siglos y todos los pueblos, hasta los mas ateos, se han descubierto delante del muerto del Gólgota y le han dicho: «Salve, Salvador.»

Las últimas palabras de Sócrates á sus jueces no podían ser olvidadas jamás: «Estoy mas persuadido de la existencia de la Divinidad que mis acusadores; de tal modo lo estoy, que me abandono á Dios (no decia á los dioses) y á vosotros para que me juzgueis segun vuestra conciencia.» Aquellas palabras soberanamente desdeñosas de Juan de Huss al apereibir la hoguera que ardia delante del palacio episcopal y donde se quemaban sus libros, *Ego vivo in aeternum*, son admirables. Giordano Bruno, en medio de la hoguera en el campo de Flora y pronunciando antes de morir y al concluir de escuchar la larga sentencia que se le leyó, estas palabras: «Sospecho que vosotros pronunciáis esa sentencia con mayor temor que yo la oigo,» es una figura magnífica. Tomás Mhoro apartando con su mano trémula y vacilante, al salir de su prision para ir al suplicio, el vaso de vino que le ofrecia una infeliz mujer, y exclamando: «Fué vinagre y no vino lo que Jesucristo bebió en el Calvario,» es una figura resplandeciente; pero á pesar de todo, la personalidad mas resplandeciente entre las mas resplandecientes de todos aquellos que han muerto por una idea ó por una mision, está la de Aquel que murió en el Calvario por calmar los dolores de la humanidad entera. Aquellas palabras «Padre mio, perdonadlos porque no saben lo que se hacen,» no han subido al cielo, sino que están aun hoy mismo suspensas entre el cielo y la tierra intercediendo por el hombre que yerra y que cae, que sufre y que llora.

La Semana Santa llega. Pasemos la semana en la meditacion. El trascurso de diez y nueve siglos no ha servido mas que para hacernos conocer mejor la bondad y la santidad del buen Maestro. Seamos todos poetas del mártir; cantémosle todos la alabanza perpétua del amor humano para que se pierda en la estrofa infinita del amor divino.

Reine el silencio de la piedad; suba el murmullo de la oracion. Sacrifiquemos á Aquel que lo sacrificó todo por nosotros, horas y dias, vida y sosiego. Digamos nosotros al Cristo lo que los primeros cristianos decían al suplicio: «Ven, ven, porque eres mi desposado, mi hermano.»

## LA EXTREMA-UNCION.

### II.

La cuestion de si la ceremonia de la extrema-uncion debe ser perpétua en la iglesia, es una cuestion ociosa y vacía de sentido á la verdad. Los dos textos de Marcos y Santiago que citamos en nuestro anterior artículo dicen que esta uncion se hacia con objeto de que desapareciese la enfermedad. «Ellos untaron de aceite á muchos enfermos y fueron sanos. (Marcos vi.) Que ellos unjan con aceite al enfermo en nombre del Señor y la plegaria de fé le salvará y el Señor le levantará.» En los primitivos tiempos en que este don de sanar enfermedades estaba en la Iglesia, porque Dios lo queria así, porque ella era fiel y practicaba la pura doctrina del Buen Maestro, esta uncion era como un signo exterior de la virtud de Dios, signo al

que el Señor, en su misericordia, concedia eficacia. Esta era la extrema-uncion antigua. Ahora bien; habiendo cesado aquel don, ¿no es absurdo que la Iglesia continúe usando un signo sin trascendencia, sin eficacia, sin virtud alguna? Sucede á la Iglesia católico-romana algo de lo que sucedería á aquel que habiéndose quedado ciego se empeñase en seguir llevando anteojos creyendo que así iba á ver, ó lo que le sucedería á aquel calvo que se obstinase en peinarse creyendo que así le iba á nacer el cabello. Lo racional es que cesando lo interior cese lo exterior; que cesando la virtud íntima cese el signo que la patentiza; pero el catolicismo no lo ha creído así.

El sentido que dá Santiago á la extrema-uncion no es el del romanismo; habla como Marcos de una uncion por la cual el enfermo puede volver á gozar de salud perfecta, y la llama *extremauncion* porque se aplicaba cuando el enfermo estaba muy malo, lo cual no queria decir que no se aplicaba á aquellos que todavía conservaban bastante vida. ¿Quieren decirnos los apologistas católicos cuál es el pasaje de Santiago en que se habla del aceite consagrado por el obispo? ¿Y dónde se habla de aquel otro que el cura guarda en su poder? ¿Y dónde del que se guarda en la iglesia? Los apóstoles usaban del aceite tal y como le habia allí donde era preciso hacer esta uncion al enfermo, sin consagraciones preliminares, sin pretender dar virtud por ceremonias vanas y por palabras mas vanas aun á aquello que Dios no quiere ni ha dispuesto hoy por hoy que la tenga.

¿En qué medida y en qué parte debe ser practicada la recomendacion del apóstol Santiago? Esto es lo que conviene saber. Nosotros creemos que debe ser practicada únicamente en lo que se refiere á la oracion de fé que el ministro debe hacer siempre por el pobre enfermo á cuya cabecera está, pero de ningun modo en lo que se refiere á la uncion del aceite. Si el enfermo está verdaderamente arrepentido; si tiene verdadera fé, el Señor escuchará la plegaria del ministro y la suya propia que levante en su corazon, si no puede espresarla con los lábios, y le concederá la salud material y la remision de sus pecados.

Los primeros cristianos practicaban de esta suerte la uncion extrema. Tertuliano refiere que el emperador Severo tuvo consigo hasta la muerte á cierto cristiano llamado Proculo que le habia devuelto una vez la salud untándole con aceite. *Severus Proculum christianum, qui Toparchion cognominabatur, Enhodie procuratorem, qui eum per oleum curaverat requisivit...* dice el original. Sulpicio, en la vida de Martin, dice que este curó á una jóven paralítica vertiendo aceite en su boca. Jerónimo, hablando de Hilarion, dice que curó untándole con aceite al yerno y á la hija de una santa mujer llamada Constanza. Podriamos citar cien casos de estos, y por todos ellos veriamos que la uncion del óleo ni era sacramento ni á nadie se le habia ocurrido atribuirle carácter de tal.

La fórmula de la uncion del aceite en los primeros tiempos cristianos era la siguiente: El autor que la espone la precede de estas palabras: «En otro tiempo el enfermo era unido por todo el cuerpo con el aceite que se llamaba de los enfermos y de los energúmenos, pero principalmente lo era en aquella parte donde residia el dolor ó el mal y se decían estas palabras formularias: Te unjo con el aceite sagra-

do en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, suplicando á la misericordia de Dios solo, Nuestro Señor y Dios, que libre de toda clase de dolores é incomodidades, recobres el vigor y la salud, de manera que siendo medicinado por la operacion de este misterio y por la uncion de este aceite sagrado y por nuestra plegaria, vuelvas á tu primera y antigua robustez, por Nuestro Señor.» Como se vé una vez mas esta uncion de uno de los miembros del cuerpo ó de todo él no tenia otro objeto que la salud material.

Se dice que Santiago añade: «Y si él ha cometido pecados le serán perdonados.» Estas palabras en realidad no equivalen mas que á estas otras: «Y habiéndotese perdonado por tu fé los pecados cometidos, recobrarás la salud perdida por ellos.» Dios quiere con la enfermedad muchas veces afligir al pecador. Jesús en muchas ocasiones tambien empleó este lenguaje que aquí imita Santiago. Estas frases: «levántate y anda» y esta otra «vete que tus pecados están perdonados,» eran en él sinónimas. Perdonaba los pecados y sanaba inmediatamente los cuerpos. Obsérvese sobre todo que Jacobo dice: «La plegaria de fé sanará al enfermo.» Esta es en efecto la que le ha de sanar y no el aceite.

## LA GRAN DISCUSION ENTRE SACERDOTES ROMANOS Y MINISTROS EVANGÉLICOS. (1)

### II.

Siendo muy interesantes los discursos pronunciados por los oradores evangélicos Sciarelli, Ribetti y Gavazzi en la solemne discusion verificada en Roma con sacerdotes católicos en los dias 9 y 10 del pasado mes de febrero, sobre la tésis si el apóstol Pedro estuvo ó no en aquella ciudad, nos decidimos á dar un extracto de ellos, tomándolo del periódico italiano *L' Eco della Verità*.

### SCIARELLI.

El discurso del Sr. Sciarelli fué una esposicion muy hábil y completa de los argumentos, por los cuales los evangélicos desechan como insubsistente la historia de la venida de San Pedro á Roma, y de su pontificado de veinticinco años en aquella ciudad, es decir, desde el año 42 al 67 de nuestra era.

Enumera primeramente los argumentos sacados del libro de los Hechos de los Apóstoles, que narrándonos los trabajos apóstolicos de Pedro, nos lo hace siempre ver en el Oriente, y nunca en el Occidente, mucho menos en Roma. Fijando para cada uno de aquellos hechos de la vida del apóstol la fecha mas probable y menos contestada, demuestra que en el año 42 estaba todavía Pedro en Jerusalem, en el 43 predicaba en las pequeñas ciudades vecinas de Joppe y Lidda, en el 45 estaba encarcelado en Jerusalem por Herodes Agrippa, y fué libertado por un ángel.

Despues habrá venido á Roma, dicen los adversarios; pero se responde, ¿y los veinticinco años de pontificado? Hay ya que quitar tres.

Lúcas cuenta, que libertado Pedro de la cárcel se dirigió á casa de María, y despues se fué á otra parte. Esta otra parte, dicen los católicos romanos, es Roma. ¡Qué poderoso espíritu de lógica deducion! Pero ¿qué cosa era Roma en aquel tiempo? ¿Una bicoca sin nombre? Era la capital del mundo; si San Pedro hubiese ido á Roma, todos lo hubieran sabido. ¿Cómo es que Lúcas nombra á Joppe y Lidda, ciudades de poca importancia, y calla á Roma capital del mundo, á donde Pedro habria ido á fundar nada menos que la Iglesia universal?

(1) Véase el número del 1.º de marzo.



Viene despues el llamado Concilio de Jerusalem que se verificó probablemente en el año 56. Pedro está presente en aquel Concilio; luego todavía está en Oriente, y de los veinticinco años de su pontificado en Roma, debemos ya quitar quince. (*Risas.*)

El libro de los Hechos de los Apóstoles no nos dice otra cosa de Pedro, y calla absolutamente su viaje á Roma. Nótese que es la Biblia la que mantiene ese silencio; la Biblia escrita por inspiración divina, no podía por tanto dejar de hablar de un hecho de tanta importancia para la fé católica. Y aquí el orador nota las contradicciones de Baronio con la Sagrada Escritura, y cita á Calmet, que refuta sus aserciones; por último, los padres dominicanos han admitido que San Pedro no pudo ir á Roma sino bajo el reinado de Neron.

Sciarelli espone despues las pruebas sacadas de las Epístolas. En 58 escribe San Pablo á los romanos: si San Pedro hubiese estado en Roma, lo hubiera nombrado. Vemos al contrario que envía saludos á todos, llena un capítulo de nombres, y no dice una palabra de Pedro. Era ya extraño que si Pedro hubiera estado en Roma escribiese Pablo á los romanos, los cuales no debían tener necesidad de sus cartas, si Pedro hubiese estado en medio de ellos en calidad de Papa. Pero además de esto, vemos que Pablo escribe de tal manera, que nos hace ver que no solamente no estaba Pedro en Roma, sino que allí no se encontraba ninguno capaz de instruir á los cristianos y convertir á los gentiles.

Véanse, pues, los veinticinco años de pontificado de Pedro disminuidos en 17.

¿Qué sucedió despues del 58?

Pablo llega á Roma en 61. Todos los cristianos le salen al encuentro. ¡Ciertamente se encontrará Pedro entre ellos! Nada de eso. Pedro no está, ninguno habla de él. Los judíos de Roma se muestran tan ignorantes de los cristianos, que los llaman una *secta*, y piden noticia á Pablo. ¿Lo hubieran estos hecho así si San Pedro hubiese estado cerca de veinticinco años en Roma como Papa? ¿Cómo suponer que Pedro no hubiera salido al encuentro de Pablo? ¿Cómo suponer que Pablo escribiese pastorales á los romanos, si estos tenían á Pedro como Papa? ¿Cómo explicar esa usurpación del poder? ¿Qué diría Pío IX si viniese aquí un obispo á echarla de amo?

Vamos á ver si por acaso llegó Pedro á Roma despues de la llegada de Pablo á aquella ciudad. Pablo está dos años en Roma, y escribe cuatro Epístolas, en las cuales habla de todos sus compañeros de prision, y no nombra á Pedro una sola vez. El silencio, una omisión se puede explicar una vez sola, pero no siempre. Si Pedro estaba en Roma, Pablo ciertamente lo sabía, y por consiguiente, se hubiera marchado de allí. ¡Dos apóstoles para una sola ciudad, mientras tantas otras no tenían ninguno!

En el año 66 escribe Pablo á Timoteo que todos le han abandonado, y dice que solo Lucas está con él, y que había estado enteramente solo en su defensa. Palabras explícitas son estas que no admiten duda alguna. Los teólogos romanos dicen que Pedro y Pablo fueron encarcelados y despues martirizados juntos. Si esto fuese verdad, ¿hubiera Pablo podido escribir «solo Lucas está conmigo»? Todos conocen el adagio que el nombramiento de uno es la esclusión de los otros.

Así es que hasta lo último la Biblia nos dice que San Pedro no estuvo en Roma.

Pero hay mas. La suposición que San Pedro haya venido á Roma, está contradicha por el hecho que los dos grandes apóstoles se habían dividido el campo de la misión del modo siguiente: Pedro debía predicar á los circuncisos, ó sea á los judíos; Pablo á los gentiles. Pero el centro de la dispersión de los judíos no era Roma, sino Babilonia. Por esto vemos que en vez de venir á Roma, Pedro se aleja de ella siempre mas y fija su morada en Babilonia. Desde aquella ciudad escribe su Epístola como vemos por las palabras: «La iglesia que está en Babilonia os saluda» (1.ª Pedro, ver. 13.)

Es verdad que los teólogos romanos dicen que

aquella Babilonia sea Roma; pero ¿por qué motivo habría procurado Pedro ocultar que se encontraba en Roma, escribiendo Babilonia en vez de Roma? Por miedo, no ciertamente, puesto que él no era ya aquel tímido apóstol que había negado á Cristo. Por otra parte, Babilonia existía en el siglo primero. San Jerónimo refiere como una metáfora la opinión que San Pedro entendiese Babilonia por Roma. Los siríacos, los árabes entienden todos Babilonia por Babilonia y no por Roma. No hay duda, pues, que Pedro escribió desde Babilonia y no desde Roma.

Viniendo al argumento de la tradición, ese baquarte tras del cual se ha atrincherado la Iglesia católica, vemos que San Clemente en su carta á los Corintios, escrita poco despues del año 70, dice también de San Pedro que «tuvo iguales trabajos que sostener, y así, habiendo sufrido el martirio, fué al lugar de la gloria;» pero en manera alguna dice que aquel martirio sucediese en Roma.

Del obispo Papias no existe ningún escrito. Eusebio dice de él que era un hombre de *cortésima inteligencia*. El mismo Eusebio dice que Papias contaba que San Clemente había dicho que San Pedro había venido á Roma. Y véase aquí con qué fundamento histórico quieren los teólogos romanos desmentir á la Sagrada Escritura. La tradición no tiene valor ninguno en presencia de la Biblia. La crítica, señores, en donde quiera que planta su bandera hace ruinas en derredor suyo, pero aquellas ruinas son fecundas. Se quita la peste del error y brota la vida.

#### RIBETTI.

Yo no puedo decir como mi adversario de haber estudiado la Sagrada Escritura durante cuarenta años, porque todavía no los tengo; pero yo también me he ocupado algo de ese estudio.

Sciarelli no se apartó un punto de la tesis, si o que fué derecho al asunto. Es maña antigua de los sacerdotes romanos decir: *Son las cosas acostumbradas, refutadas mil veces*. A tales aserciones los católicos inclinan la cabeza: nosotros no; queremos ver antes de creer.

Dado que nuestros adversarios no insisten ya sobre los famosos veinticinco años, adios, pues, famoso pontificado de San Pedro. Es un hecho consignado ya en la historia que él no estuvo allí por este tiempo.

(Aquí los oradores católicos pretenden que el Sr. Ribetti se sale fuera de la tesis, y el presidente la vuelve á leer, como fué propuesta por Sciarelli, esto es, que San Pedro no estuvo nunca en Roma.)

Pero yo, responde Ribetti, debo seguir á mi adversario en todos sus raciocinios. Dice él que la venida de Pedro á Roma es un hecho misterioso. Si es así, no quiero entrar en él, porque no puedo someterme sin otro dato á pareceres de la Iglesia católica.

La creencia que San Pedro haya estado en Roma es el producto de una insinuación humildemente introducida en la mente de los pueblos, convertida despues en decreto; pero en materia histórica no se puede proceder sino por hechos positivos; ciertos, no por insinuaciones. Papias, Clemente Alejandrino, Ignacio, no son testigos contemporáneos; no hacen mas que insinuaciones, no repiten sino *se dice*. Quieren ser en vez de hechos históricos testimonios contemporáneos. El admitir la venida de San Pedro á Roma sobre el simple fundamento de una insinuación, sería lo mismo que dar por base á un edificio la punta de una aguja.

Si hubiese una palabra de Pedro que dijese *estuve en Roma*, inclinaria la cabeza; pero es imposible encontrarla en todo el Nuevo Testamento.

Los testimonios de los padres presentados por mi adversario no van mas allá del siglo III, pero sabemos que en aquel momento la insinuación había ya tomado una forma gigantesca. Sabemos de qué manera se propagaban en la Iglesia primitiva semejantes errores; pero no por esto han sido admitidos por todos. Naciones cultas y civilizadas no admiten que San Pedro haya venido á Roma, y no reconocen la supremacía del Papa.

Clemente habla solo del suplicio de los mártires en general, no habla mas de Pedro que de Pablo. Pero si Pedro hubiese estado en Roma veinticinco años, ninguno mejor que Clemente hubiera podido darnos noticia sobre su vida y muerte; por tanto, se vé obligado á recurrir á un *se dice*. En su tiempo todavía no se pensaba en introducir aquella fábula en la historia.

Nos cita á San Juan, ¿pero en dónde dice San Juan que Pedro vino á Roma?

Se nos lee una larga lista de autores que todos hablan de la venida de Pedro á Roma; pero una vez introducido un error en la historia, todos lo repiten como hacen los niños y los ignorantes que tienen siempre en la boca el *así lo decía mi padre*. Un error no llega á ser verdadero, porque es antiguo; no hay prescripción para los errores. En el tiempo en que escribían aquellos autores el error de la venida de Pedro á Roma aun no se había descubierto: hé aquí todo.

Papias no era mas que un propagador de fábulas. Un obispo que hace coexistir el reino de Dios en un carnaval de mil años, me escandaliza. Me recuerda á Mahoma que promete á sus fieles las huríes y todos los placeres terrestres en el paraíso, fuera de que no tenemos sus escritos y ninguno puede asegurar que haya realmente dicho que Pedro ha estado en Roma.

¿Quién, pues, nos garantiza de las falsificaciones tan frecuentes en aquellos tiempos de que ya tan amargamente se quejaba Dionisio?

Ireneo vivió al principio del siglo III, y no vió nada. No hace mas que repetir las insinuaciones de los demas.

Nuestros adversarios dicen: Probad que Pedro no estuvo en Roma. Pero ¿qué necesidad hay de probarlo?

Clemente, por ejemplo, cuenta gravemente la historia del fénix que vive 500 años, despues muere y resucita por medio de un gusano que entra en su cuerpo; crece, viste plumas y llega á ser por último el pájaro de antes. Si alguno viniese á decirnos: «Creo en la existencia del fénix mientras no me probeis que no existe,» haría reír hasta los pollos. No se prueba la inexistencia de una cosa de la cual no hay pruebas que exista. Encontradme un autor digno de fé que diga que Pedro ha estado en Roma, y bajaré la cabeza. Esta prueba no la podeis dar, porque no existe.

Vengamos á la cronología.

Mi honorable adversario, que ha estudiado cuarenta años, nos presenta su cronología. Veamos esa cronología. No basta decir que la de la Biblia es errónea; si no me lo probais, no os creo.

Decís que las fechas cada uno las fija á su modo. Nosotros no, las fijamos con el mayor criterio posible.

Escribir Babilonia por Roma hubiera sido en aquel tiempo tan ridículo como poner hoy la fecha de Florencia ó de Milan á una carta escrita en Atenas. Se cree que Babilonia entonces no existía ya; pues al contrario, está probado que, aunque ya no fuese con el esplendor de antes, existía realmente. Las razones geográficas adoptadas para probar que Pedro escribió desde Roma y no desde Babilonia, son una puerilidad, una suposición. Hoy se dice Inglaterra, Francia, España, con la misma facilidad con que se diría España, Francia, Inglaterra. Es una de aquellas cuestiones que los franceses han caracterizado bastantemente con su adagio de *bonnet blanc ou blanc bonnet*.

Decís que Pedro habla de persecuciones de la Iglesia, y que no estando sujeta Babilonia al imperio romano, si él hubiese estado allí, no hubiera podido hablar de persecuciones. Señores, cuando yo entro en vuestras iglesias os oigo siempre decir que la Iglesia está perseguida, mientras que ninguno os toca á un cabello. En aquel tiempo, por el contrario, la persecución era bastante general para justificar el lamento por parte de Pedro.

Vengamos á su misión particular, que era la de predicar el Evangelio á los judíos de la dispersión.

El centro de aquella dispersión era precisamente Babilonia. San Pedro tenía el Oriente, San Pablo



el Occidente. Sus misiones eran distintas; ambas no podían estar al mismo tiempo en Roma, sin que uno u otro faltase á su misión. En Roma hubieran sido un duplicado. San Pedro vivió siempre entre los hebreos de Jerusalem, de Samaria, de Babilonia, etc. ¿Por qué queréis hacer de él un Papa en Roma?

Ved, pues, que vuestro edificio, que os costó tantos siglos de sutiles insinuaciones, es un coloso de barro, es un edificio construido sobre la punta de una aguja. Es una insinuación llegada en la Edad Media á proporciones colosales; pero nosotros hemos dado un torniscon al coloso y el coloso se ha hundido. (Aplausos.)

Decís por último: Si Pedro vino á Roma, aun cuando fuese por un solo día, todos deben adherirse á Roma, al Papa. La consecuencia es falsa. Aun cuando Pedro hubiese estado en Roma veinticinco años, no sería esto un motivo para que la humanidad se dirigiese á un hombre. Nosotros nos dirigimos á Cristo, no á un hombre. (Aplausos.)

(El presidente recuerda á la reunión que no son lícitas tales manifestaciones.)

La venida de Pedro á Roma, concluye Ribetti, no es un dogma. La religión de Cristo no se localiza; ella no tiene capital como la tenía la religión judaica en Jerusalem. Cada uno, en cualquier lugar que se encuentre, puede dirigirse á Cristo, y esto basta.

(Se concluirá en el siguiente número.)

## DOCTRINA EVANGÉLICA PRIMITIVA.

### §. IV.—DEGENERACION DEL HOMBRE, SU CAIDA DE LA GRACIA DE DIOS.

La sobreposición á Dios es un horrible acto de hostilidad de parte de la soberbia; el primer pecado capital irremisible y tremendo. Antes de la creación, un ángel poderoso, predilecto de Dios, se rebeló contra su omnipotencia y arrastró la tercera parte de sus criaturas del empuje; pero los soberbios no prevalecieron en su crimen, y nunca más fué hallado el lugar que ocuparon en el cielo, porque fueron arrojados á los abismos por Miguel y sus ángeles, instrumentos y mandatarios del Escelso.

Trasformado Satanás en dragon, declaró la guerra á la mujer, porque de ella debía salir el Salvador del mundo. La serpiente infernal lanzaría de su boca las influencias malignas que como corriente impetuosa de un río, arrebatarían á la mujer airándose contra ella y haciendo la guerra á los de su linaje que guardasen los mandamientos de Dios y tuviesen el testimonio de Jesucristo. (Apocalipsis de San Juan, cap. xii.)

Hé aquí el origen del mal, la rebelión de Satanás. Porque Dios, que á sus atributos de omnipotente y justiciero, reúne la bondad y el amor al hombre, consintió en el crimen de aquel ángel que había de ser el corruptor del género humano, es un misterio profundísimo que es la clave de todos los dogmas del cristianismo. En primer lugar, la depravación de Satanás no puede imputarse á Dios, que hizo á todas sus criaturas perfectas. La malignidad de aquel réprobo fué adquirida por sí. Cuando habla mentira, de suyo habla, porque es mentiroso y no permaneció en verdad. (Evang. de San Juan, cap. viii, vers. 44. Epist. Judas, ver. 6.) Así se espresa también el apóstol San Judas, y esto prueba que alguna vez Satanás estuvo en la verdad.

Dios pudo haber impedido su rebeldía; pero para conocer el bien era preciso el contraste del mal. La inteligencia finita del hombre no puede alcanzar á la inteligencia y sabiduría de un Dios. No ha convenido al Espíritu Santo el satisfacer á nuestra curiosidad, y por lo tanto debemos respetar y humillarnos ante los secretos del Eterno. Otra cosa sería imitar la soberbia de Lucifer.

El géneo del mal representado en la serpiente, cuya astucia era mayor que la de todos los anima-

les de la creación, se presentó en el paraíso y sugirió á Eva el mismo acto de rebeldía que le hizo perder su posición en el cielo. ¿Por qué os mandó Dios, la dijo, que no comiérais de todo árbol del paraíso? A lo cual respondió Eva: De todos comemos menos del fruto de la ciencia del bien y del mal que Dios nos prohibió, bajo pena de perder la inmortalidad. No será así, respondió la serpiente, porque Dios sabe bien que el día en que adquirais la ciencia, serán abiertos vuestros ojos y seréis tanto como él. La mujer fué débil, se dejó persuadir, comió del árbol y dió á su marido que también comió. (Génesis, ii.)

Desde este instante la maldad se infiltró en nuestros primeros padres, fueron contaminados por el pecado y quedaron corrompidos en su generación por el hálito emponzoñado de la serpiente. Desde entonces les faltó la pureza, la inocencia y la gracia; se inhabilitaron para el bien; se perturbaron sus facultades intelectuales aunque les quedase la luz de la inteligencia; perdieron el libre albedrío por la razón de que el que es vencido queda sujeto y esclavo del que le venció. Esta fué la obra perversa del géneo del mal, irremediable si Dios en su infinita predilección por el hombre, en su inagotable tesoro de amor y de ternura no hubiese previsto el atentado del dragon, plantando en el paraíso al lado del árbol del pecado, el árbol de la vida y de la redención, emblema misterioso de la cruz, donde el Hijo de Dios vivo hecho hombre se ofreció al padre víctima propiciatoria para que fuesen perdonados á los hombres sus pecados.

Acabado de cometer el sacrilego acto de transgresión al mandato de Dios, nuestros primeros padres huyeron de la divina presencia y se escondieron y ampararon del árbol de la ciencia; es decir, el de su mismo crimen. El Señor llamó á Adán y díjole: ¿En dónde estás? El respondió: Oí tu voz; es decir, el grito de la conciencia, y tuve temor porque estaba desnudo y escondíme. ¿Y quién te ha dicho,—volvió á decir el Señor,—que estabas desnudo sino la malicia del fruto que te mandé que no comieras? Adán se disculpó con la influencia de su mujer que le dió á comer del árbol. ¿Por qué has hecho esto?—dijo Dios á la mujer.—Ella respondió: La Serpiente me engañó y comí. Entonces Dios maldijo á la serpiente y anunció á la mujer la enemistad y oposición que surgirían entre el reptil y el linaje de la mujer, según explica el Apocalipsis en el capítulo arriba citado. Sujetó á la mujer al dolor y á la dominación de su marido. Maldijo la tierra en las obras de Adán y le predijo los afanes y penas que le habían de sobrevenir en los días de su vida. Volverás á la tierra,—le dijo,—de donde fuiste tomado, porque polvo eres y en polvo te convertirás. Dicho esto, tomó Dios unas túnicas de pieles y se las dió para que cubriesen su desnudez y miseria. (Génesis, iii.)

Este texto sacado de la Escritura Santa, marca de una manera evidentísima la razón de nuestro deplorable estado. La tierra maldecida en las obras de Adán sufrió alteraciones físicas para dañar al hombre. Este decayó de su primitivo vigor y salud perpétua, contrayendo enfermedades y arrastrando una existencia azarosa é informe. Fueron contados sus días hasta setenta años cuando mas ochenta años en los muy robustos: los que pasen de aquí, achaques y dolencias: vida que pasa con rapidez y volamos á hundirnos en el sepulcro. (Salmo xc, vers. 10.) El fruto del árbol de la vida por contraposición al árbol de la muerte, hubiera podido salvar á los delincuentes, pero Dios que juzgó no ser aun llegado el tiempo del perdón y la salud, dijo: Hé aquí Adán se ha hecho uno de Nos sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, para que no alargue quizá su mano y coma también del árbol de la vida y viva para siempre, sea arrojado del paraíso. (Génesis, capítulo iii, vers. 22 y 23.) Así impidió por entonces que comieran del saludable fruto, echándoles del paraíso, y estableciendo querubines con espadas de fuego para guardar el camino del árbol de la vida.

Adán procreó con Eva su mujer. Esta concibió en corrupción, y sus descendientes hasta nuestros días, sufrieron la degeneración de nuestra naturaleza, no porque Dios hiciese trascendental á los hi-

jos la culpa de los padres, sino porque nuestra organización física experimentó, como se ha dicho, un cambio extraordinario, quedando sujeta la carne á las pasiones, á la concupiscencia y á las enfermedades por efecto de la procedencia original. (1) (Génesis, cap. iii, vers. 18; iv, 12.) Así, pues, no podemos volver al estado primitivo de la gracia de Dios, y hacernos dignos del destino para que fuimos criados, sino creyendo en el Salvador que Dios Padre nos envió en su Hijo el verbo hecho hombre, Jesucristo, y adoptando en espíritu y verdad la pureza de su doctrina sin tergiversaciones ni rodeos, sin interpretaciones de ninguna clase, tal como nos fué enseñada y predicada por El y por sus apóstoles en la época primitiva del cristianismo.

Señor Director de LA LUZ.

Mi estimado amigo: En el número 446 del periódico intitulado *El Anunciador de Sevilla*, y bajo el epígrafe de «Cuestión curiosa», leí una tesis bíblica que el catedrático de hebreo, D. Timoteo Alfaro, ha dirigido á las iglesias protestantes, á la Junta superior de la Asociación de católicos y al cardenal Cuesta, arzobispo de Santiago.

Como pastor protestante, creí que era mi deber tomar parte en la cuestión propuesta, correspondiendo al mismo tiempo á la invitación del Sr. Alfaro; y con este motivo entregué la adjunta «contestación» en la redacción de *El Anunciador*, no dudando que dispensaría en sus columnas algún espacio á las réplicas, como lo había dispensado á la tesis. Sin embargo, el Director de aquel periódico no se dignó contestarla y me devolvió el manuscrito despues de haberlo leído.

¿Tendrá Vd. la bondad de concederle algún espacio en LA LUZ?

Yo le doy las gracias anticipadamente, y me repito de Vd. afectísimo S. S. y amigo.

Sevilla 27 de febrero de 1872.

CONTESTACION Á LA TESIS DE D. TIMOTEO ALFARO.

Para no desvirtuar en nada las palabras del autor, y á fin de que en esta cuestión reinen la sinceridad y buena fé, creo indispensable transcribir literalmente la tesis del Sr. Alfaro. Es como sigue:

#### TESIS.

«Jesucristo pronunció las siguientes palabras: «Oisteis que fué dicho: amarás á tu allegado (pleción)... pero yo os digo: amad á vuestros enemigos y haced bien á los que os odian.» (San Mateo, capítulo v, vers. 43. Traducción directa del original griego.)

«En el Antiguo Testamento, despues del Levítico, que contiene en el cap. xix, vers. 18, el precepto á que se refiere Jesucristo, encontramos las siguientes frases: «Si tuviese hambre tu aborrecedor, dale pan para que coma, y si tuviese sed, dale agua para que beba.» (Prov. cap. xxv, vers. 21. Traducción directa del original hebreo.)

«Se deriva del primer versículo, que Jesucristo destruye el precepto del Levítico, introduciendo nueva doctrina según parece manifestar él mismo; pero como en el segundo, redactado en tiempos anteriores, se halla consignada una máxima de idéntica significación, resulta que el precepto estaba ya satisfactoriamente combatido cuando el Nazareno comenzó sus predicaciones.

«Necesario es refutar este aserto, pues su aceptación produce uno de los extremos siguientes:

«O Jesucristo no conocía á fondo el Antiguo Testamento, ó los Proverbios se escribieron despues de las predicaciones de este, aunque no de la redacción de la Epístola de San Pablo á los Romanos, en la cual, capítulo xii, se lee el citado versículo. «si tuviese hambre tu aborrecedor, etc.»

«ADVERTENCIA.—En el espacio que hemos señalado como puntos, debe decir, según el Evangelio: «Y aborrecerás á tu enemigo;» pero hemos suprimido este pensamiento, porque no se halla en el Levítico, á que Jesucristo se refiere, y es opinión común que le formularon los judíos para completar la frase.»

Hasta aquí el Sr. Alfaro.

(1) Según nuestro parecer, el autor de este estudio no ha tenido en cuenta en su explicación de la transmisión del pecado, la gran doctrina de la solidaridad, y de esta omisión resulta lo insuficiente de su explicación. (La Red.)



La tesis creo que puede reducirse á estos términos:

«Jesucristo destruye un precepto del Levítico, é introduce una nueva doctrina.

»Pero esta nueva doctrina se hallaba ya redactada antes de Cristo en los Proverbios.

»Luego el precepto de Levítico estaba satisfactoriamente combatido antes de la predicación de Cristo.

»Si no se refuta este aserto, hay que admitir, ó que Cristo no conocía á fondo el Antiguo Testamento, ó que los Proverbios fueron escritos después de la predicación de Cristo.»

Terrible sería este dilema si no se apoyara en supuestos falsos. Es mi convicción que el autor de la tesis ha visto una dificultad, donde realmente no la hay. Observemos el texto en cuestión; y el autor me dispensará que yo me valga de la versión de Cipriano de Valera, que es la admitida en mi Iglesia, y que no ofrece inconveniente alguno para este debate.

En el capítulo v del Evangelio de San Mateo, dice Jesucristo:

43. «Oisteis que fué dicho, amarás á tu prógimo, y aborrecerás á tu enemigo:

44. »Mas yo os digo, amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen.»

Como ven mis lectores, no omito las palabras «y aborrecerás á tu enemigo» del versículo 43, porque las creo necesarias para la verdadera inteligencia del texto.

Ahora bien, del pasaje aducido no se deriva que Jesucristo destruya ningún precepto, ni introduzca ninguna doctrina nueva. Voy á probarlo.

En el Levítico, xix, 18, se lee: «Amarás á tu prógimo como á tí mismo.»

Prógimo significa allegado ó el que está cerca. El allegado ó prógimo puede ser amigo ó enemigo. El precepto del Levítico no distingue; manda amar al prógimo indistintamente. Creo que en esto no cabe la menor duda; pero si la hubiere para algunos, fácil es presentar otros textos del Antiguo Testamento, y aun del Pentateuco, que la disiparían por completo.

De propósito me abstengo de citar el Decálogo, que puede leerse en el Exodo, xx, 1 al 17; porque allí se habla del prógimo sin distinción, y no resolvería la duda, si la hay. Veamos otros pasajes.

En el Deuteronomio, xxii, 1, 4, leemos: «No verás el buey de tu hermano, ó su cordero, perdidos, y te retirarás de ellos: precisamente les volverás á tu hermano.» «No verás el asno de tu hermano, ó su buey, caídos en el camino, y te esconderás de ellos: con él has de procurar levantarlos.»

En el Exodo, xxiii, 4, 5, leemos: «Si encontrases el buey de tu enemigo, ó su asno extraviado, volve á llevárselo. Si vieres el asno del que te aborrece caído debajo de su carga, ¡le dejarás entonces desamparado? Sin falta ayudarás con él (á levantarlo).»

En estos dos pasajes se vé claramente, que la misma obra de caridad que se ordena hacer para el hermano, se manda hacer también para el enemigo ó aborrecedor.

Y si se observa que los tres pasajes que acaban de citarse, son uno del Exodo, otro del Levítico y otro del Deuteronomio; y que el del Exodo se refiere al enemigo y al que aborrece, el del Levítico al prógimo, y el del Deuteronomio al hermano (aun cuando este no sea vecino ni conocido, Deut. xxii, 2), es evidente que el amor, que en la práctica se traduce por obras, es debido al prógimo, sea este amigo ó sea enemigo.

Que así entendían los antiguos hebreos el precepto, puede leerse en 2.º Reyes, vi, 22; 2.º Crónicas, xxviii, 9 al 15; Salmo vii, 4; Salmo xxxv, 11 al 14; etc., etc.; pasajes que no trascibimos aquí por amor á la brevedad.

Cuando, pues, los Proverbios, xxv, 21, dicen: «Si el que te aborrece tuviere hambre, dale de comer pan, y si tuviere sed, dale á beber agua,» no hacen mas que confirmar el precepto del Levítico, recordando que tenemos para con los que nos abor-

recen los mismos deberes que para con los que nos aman, ó lo que es lo mismo, que nuestros enemigos son prógimos nuestros también.

En vista de lo espuesto, yo no llego á comprender en qué se fundará el Sr. Alfaro para asegurar «que el precepto (del Levítico) estaba ya satisfactoriamente combatido (en los Proverbios) cuando el Nazareno comenzó sus predicaciones.» Lo que resulta, á mi ver, es que los Proverbios confirman ó, si se quiere, amplifican el precepto del Levítico.

Pero me dirá quizás el Sr. Alfaro: si es así, ¿qué necesidad tenía Jesucristo de hablar como habló en el pasaje en cuestión? (Mateo, v, 43, 44.) Diré algo sobre esto.

Hay algunos pasajes en la Escritura, tales como los siguientes:

«Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación.» (Exodo, xvii, 16.)

«No procurarás la paz de ellos (de los amonitas y moabitas) ni su bien en todos los días para siempre.» (Deuteronomio, xxiii, 6.)

«Tú, oh Jehová, ten misericordia de mí, y hazme levantar, y dareles el pago á mis enemigos.» (Salmo xli, 10.)

«No tuve en odio, ó Jehová, á los que te aborrecen, y me conmuevo contra tus enemigos. Aborreco con perfecto odio; túvelos por enemigos.» (Salmo cxxxix, 21, 22.)

Estos y otros pasajes semejantes, que tienen una explicación perfecta y satisfactoria, y que en ninguna manera derogan la ley moral de amar al prógimo, condujeron sin duda á los Rabis hebreos á interpretar falsamente la Ley, considerando como amigos y prógimos solamente á sus paisanos, y llamando enemigos á los gentiles y aun á los samaritanos, á quienes trataban con desprecio y crueldad. De esto pueden citarse algunos ejemplos:

Rabí Isaac dice: «No muestres benevolencia á los gentiles.»

Rabí Natan: «Aborrecerás á los epicúreos que hacen á otros errar.»

Rabí Isaac Ben Nahjman: «Es lícito aborrecer y perseguir á los descarados, porque aun el Dios bendito aborrece al descarado.» (Vide de Schoettgenius y Westenius, sobre Mat., v, 43.)

Y conocido es el ejemplo de que se valió Jesús para instruir á un doctor de la Ley, que queriendo justificarse, le preguntó: «¿Y quién es mi prógimo?» (Luc., x, 29 y siguientes.)

Todo esto nos induce á creer que en tiempo de Jesús se hallaba admitida por la generalidad del pueblo judaico la torcida máxima de «amarás á tu prógimo y aborrecerás á tu enemigo.»

Ahora bien, Jesucristo que reprendía vigorosamente á los escribas y fariseos, porque con sus tradiciones habían invalidado el mandamiento de Dios (Mat., xv, 3-6), declara terminantemente en el capítulo v, vers. 17: «No penseis que he venido para abrogar la Ley ó los Profetas: no he venido para abrogar, sino para cumplir.» Cristo, pues, no destruyó el precepto del Levítico ni estableció nueva doctrina. Había necesidad de recordar á aquel pueblo, corrompido y ciego por las falsas enseñanzas de los pretendidos doctores de la Ley, el precepto divino en toda su pureza y restablecerlo á su prístino vigor; y por eso esclama Cristo: «Oisteis que fué dicho, amarás á tu prógimo y aborrecerás á tu enemigo; mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen.»

Después de estas breves y sencillas consideraciones, me atrevo á preguntar, hablando con sinceridad; ¿podrá alguien decir con razón que Cristo destruye el precepto del Levítico, ó que éste se hallaba combatido satisfactoriamente ó de cualquier otra manera en los Proverbios antes de la predicación de Cristo?

Yo veo que esta aserción ó suposición del señor Alfaro es completamente insostenible, y por tanto, queda sin ningún valor su terrible dilema de que, «ó Jesucristo no conocía á fondo el Antiguo Testamento, ó los Proverbios se escribieron después de las predicaciones de Jesús.»

A mi parecer, no ha meditado bien la cuestión el Sr. Alfaro antes de proponer su tesis, ó ha padecido alguna alucinación mental, de lo que no están completamente libres aun las mas elevadas inteligencias.

Podría dar por terminadas mis observaciones, concretándome á la cuestión tal y como el Sr. Alfaro la presenta; pero no debo pasar por alto un punto que, omitido aquí, tal vez daría pie á ulteriores réplicas.

He dicho arriba, y me parece haber probado, que del pasaje aducido (Mat. v, 43, 44) no se deriva que Jesucristo destruya ningún precepto, ni introduzca ninguna doctrina nueva. Pero si bien del pasaje aducido no se deriva que Cristo introduzca nueva doctrina, reconozco, y con ingenuidad confieso, que en el Evangelio nos ha dado un mandamiento nuevo. Leemos en San Juan, xiii, 34: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos á otros, como os he amado, que también os améis los unos á los otros.» Y en el cap. xv, 12: «Este es mi mandamiento: Que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

Ahora bien, la doctrina de amar al prógimo no es nueva, puesto que consta en los primeros libros de la Escritura; ¿en qué consiste, pues, la novedad de ese mandamiento que Cristo llama suyo?

El ilustrado P. Scio dice en su nota al primero de esos textos: «Este mandamiento, aunque habia sido de todos tiempos, se llama nuevo; porque Jesucristo lo establece nuevamente, elevándolo á una nueva perfección, poniendo el amor que Él tuvo á los hombres por regla y pauta del que sus discípulos se debían tener los unos á los otros, y dejándolo por distintivo y carácter de los cristianos, y divisa de la ley nueva del Evangelio. Lo llama nuevo, para mostrar que lo debemos tener siempre presente como una cosa nueva.»

Aunque todo en esta nota es apropiado y evangélico, en las palabras subrayadas existe, á mi entender, la verdadera explicación.

La ley dada por Moisés, hacia de nuestro instintivo amor propio la medida de nuestro amor al prógimo; mas Cristo hace de su amor, que voluntariamente se sacrifica por los hombres, el motivo y el modelo de nuestro amor para con nuestros semejantes.

Hombres hay que, á pesar de su instinto de conservación, se arruinan sirviendo á los vicios, y hacen compañeros de su ruina á semejantes suyos; y hasta los hay que asesinan y se suicidan. Para los tales no es ni puede ser el amor á sí mismo, la medida del que deben á sus semejantes.

Cristo, que ha sobrepujado á todos en amor á los hombres, con su vida y con su muerte, nos dá un nuevo modelo del amor al prógimo, y por esto dice: «Este es mi mandamiento: Que os améis los unos á los otros, como yo os he amado.»

El mandamiento, pues, aun cuando nuevo en la razón y medida del amor, no es nuevo en su esencia; y de consiguiente, no destruye el precepto del Levítico, ni establece una doctrina realmente nueva.

Si las consideraciones que acabo de esponer contribuyen á desvanecer el erróneo concepto del catedrático de hebreo, y á disipar las dudas que hayan podido surgir en algunos al leer la tesis indicada, yo daré por bien empleadas estas líneas, que escribo en cumplimiento de un deber sagrado é imprescindible.»

Sevilla 10 de febrero de 1872.

JUAN B. CABRERA.

## GETSEMANÍ.

Detrás de la ciudad de Jerusalem y al pié del monte de las Olivas, existia y aun existe en la actualidad, un pequeño jardín conocido con el nombre de Getsemaní. La calma de que se disfrutaba bajo aquellos pálidos olivos, era completa. El



único ruido que interrumpía el silencio profundo que en ese solitario paraje reinaba, era el producido por las aguas del Cedron; la única vista que de Jerusalén se tenía, era la de los blancos sepulcros esparcidos por todo el barranco y los altos pórticos del templo sobre Morija.

En ese lugar desierto se decidió la suerte de la humanidad. El jardín en donde el primer Adán consumara su rebelión no existe ya; pero aun existe, y el grabado que hoy damos á nuestros lectores lo representa, el jardín en donde el nuevo Adán reconquistó por medio de su obediencia y su agonía, el dulce título de hijo de Dios que el pecador había perdido.

Jesús vino á Getsemaní el jueves por la noche, sabiendo que al día siguiente iba á ser inmolado sobre la cumbre del Gólgota. Cuánta soledad y cuánta angustia reinan en el alma del Salvador. Hasta ese momento supremo su vida, aunque siempre combatida por toda clase de enemigos, puede llamarse una vida apacible, porque lo inmenso de su obra le absorbe por completo, y la fidelidad á su doctrina le detiene en los límites de la serenidad. El que había dicho: «No os congojeis por el día de mañana; que el día de mañana traerá su fatiga: basta al día su afán,» mientras tiene un enfermo que curar, una buena palabra que pronunciar, una saludable obra cualquiera que hacer, vive confiado en Dios como el hijo en la madre que le alimenta; pero ahora la negra nube que desde su nacimiento se cernía sobre su cabeza, oscurece por completo su límpido cielo. Llegó la hora de la tempestad. Allí tiene Jesús delante de él la copa de amargura que debía apurar hasta las heces; allí la tiene inmensa, terrible, como es imposible que la imaginación del hombre pueda concebirla.

Los discípulos que le acompañaban en aquella hora suprema, no simpatizan lo bastante con Jesús para velar y orar mientras El sufría. Entonces su alma cae en un abismo de angustia; toda su obra y toda su vida se resumen en una sola palabra, amor; como la vida y la obra de los demás hombres en la palabra ingratitude.

Jesús se apresta á sufrir todas las consecuencias del pecado y á llevar delante de los cielos mudos de asombro todo el oprobio de sus hermanos con quienes tan estrechamente se ha unido al hacerse hombre. La voluntad de Dios en ese momento solemne de la vida del Salvador es esta muerte terrible, manifestación y á la vez castigo de la humanidad pecadora. Ciertamente que aun antes de la fundación del mundo había consentido en la mas completa inmolación de su ser, pero la perspectiva mas ó menos lejana de la inmolación, no es la inmolación misma. Ahora ya no es posible aguardar mas tiempo; el Hijo del hombre, cuyo alimento había consistido en hacer la voluntad de su Padre, tiene que aprender de nuevo la obediencia en ese jardín de Getsemaní en medio de las lágrimas y de los gritos que le arranca la angustia.

La creación entera espera el desenlace de esa sublime lucha moral. Que el Hijo pronuncie una sola palabra, y miriadas de ángeles vendrán para conducirlo á la gloria que un día voluntariamente abandonara; pero Satanás apretará para siempre entre sus garras á la humanidad caída, privada en absoluto de todo medio de salvación. Jesús no pronuncia esa palabra; entre el hombre por un lado, y la muerte y la maldición por otro, se decide por la muerte. «Padre mío, si no es posible que esta copa pase lejos de mí sin que yo la beba, hágase tu voluntad.» El alma de Jesús ha vencido en toda la plenitud de su libertad. Pero el esfuerzo había sido sobrehumano, y tanto, que un sudor de sangre humedece aquella frente en la que el mal no había impreso nunca su huella impura. La santa víctima desfallece, y hubiera muerto si un ángel no hubiera venido á confortarla. Pero el ángel viene, y Jesús recibe de una criatura que no tiene necesidad de arrepentimiento, una muestra de simpatía que en vano buscaba en aquellos que había venido á salvar.

Vosotros los que leéis estas líneas, ¿no os ar-

rojais á los pies de ese Jesús que por vosotros ha sufrido tanto, y no confesareis que El es el Salvador, el único Salvador que ha reconciliado al hombre con Dios y á Dios con el hombre? Y mas que confesarlo, ¿no le dareis ese vuestro corazón ingrato que Jesús quiere, que Jesús busca, y por cuya adquisición El ha pasado por la agonía de Getsemaní, en tanto que se disponía á pasar por la del Gólgota?

## LA DOCTRINA ANTIGUA DE DIOS

### Y LA DOCTRINA NUEVA DE LOS HOMBRES.

Así dijo Jehová: «Pámonos á los caminos y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él; y hallareis descanso para vuestra alma.» (Jeremías, vi, 16)

#### I.

La doctrina antigua de Dios enseña, que la Sagrada Escritura, por ser la Palabra de Dios divinamente inspirada, tiene bastantísima autoridad de sí misma, y que contiene toda la doctrina necesaria á la piedad y á nuestra salud, como muy claramente enseña San Pablo. (2.<sup>a</sup> á Timoteo, iii, v, 15, 16 y 17.)

La doctrina nueva de los hombres enseña, que la Sagrada Escritura, aunque sea Palabra de Dios, no tendría alguna autoridad si no fuese por la aprobación de la Iglesia; y que es doctrina imperfecta y manca, que no contiene doctrina bastante á la piedad ni á nuestra salud. Mas que este defecto se debe suplir por las tradiciones no escritas. *Belarm., de verbo Dei non scripto*, lib. iv.

#### II.

La doctrina antigua de Dios enseña, que la ignorancia de la Sagrada Escritura es causa y madre de errores, como lo testifica Jesucristo Nuestro Señor, (Mateo, xxii, 29) diciendo á los saduceos: «Errais, ignorando las Escrituras y la potencia de Dios; y por tanto, que el deber de cada fiel cristiano es leer, meditar y escudriñar la Sagrada Escritura, como Dios mandó á su pueblo.» (Deuteronomio, vi, 7; xii, 32; xvii, 19; Josué, i, 8; Isaías, viii, 20, y Cristo, Nuestro Señor, en el Nuevo Testamento, Juan, v, 39, y como hicieron los fieles en tiempo de los apóstoles, Hechos, xvii, 11, 2.<sup>a</sup> á Timoteo, iii, 15.)

La doctrina nueva de los hombres enseña, que la ignorancia es madre de devoción, y que es menester, para tener salva la religión, prohibir á los laicos ó seglares la lección de la Sagrada Escritura, pues es la causa de muchas herejías. *Belarm., de verbo Dei*, libro ii, caps. 15 y 16.

#### III.

La doctrina antigua de Dios enseña, que debemos servir á solo Dios, que es el criador y gobernador de todo el mundo: siguiendo la doctrina de Cristo, que dice (Mateo, iv, 10): «Al Señor, tu Dios, adorarás, y á él solo servirás.»

La doctrina nueva de los hombres enseña, que debemos servir, no solo á Dios, sino también á los santos, que ellos tienen por patronos de los reinos, pueblos, ciudades, compañías, y de las enfermedades. *Belarm., de Sancti vocat*, lib. i, cap. 12.

#### IV.

La doctrina antigua de Dios enseña, que el legítimo culto de Dios ha de ser fundado en la Sagrada Escritura, y que Dios quiere ser servido segun su voluntad y palabra en espíritu y verdad, (Juan, iv, 24) y no segun el parecer, ni por las tradiciones y costumbres de los hombres, como muy espresamente [nos] lo enseña Dios por su profeta Ezequiel xx, 18, diciendo: «No andéis en las ordenanzas de vuestros padres, ni guardéis sus leyes,

ni os contamineis en sus ídolos: yo soy Jehová, vuestro Dios; andad en mis ordenanzas y guardad mis derechos y hacedlos.» Lo mismo enseña Jesucristo, (Mateo, xv, 9) diciendo: «En vano me honran, enseñando doctrinas, mandamientos de hombres.»

La doctrina nueva de los hombres enseña, que en el culto de Dios se deben observar las tradiciones, ceremonias y constituciones de la Iglesia romana; y que el derecho canónico hace de tanto valor las constituciones de los Papas, como el Evangelio, y que es necesario guardarlas. Porque como dice el Papa Leon IV, no se puede bien guardar el Evangelio si el hombre no obedece juntamente á los decretos y constituciones de los Papas. (Distinct. xv, cap. Sicut. y Distinct. xix, cap. in Canonibus, y Distinct. xx, cap. de libellis.

CIPRIANO DE VALERA.

(Se continuará.)

## LA NOCHE DE GETSEMANÍ.

#### I.

Entoldaban las nubes el espacio,  
Dormían en el éter las estrellas,  
Sus cabellos los cedros agitaban,  
Sus palmas las palmeras.

Era una noche triste y melancólica,  
Ensueño realizado de poeta;  
El viento entre las hojas de los árboles  
Dejaba sus querellas.

De cuando en cuando el ruiseñor trinaba  
Y moría su cántico en la selva;  
Parecían sus trinos el gemido  
De un ángel cuando pena.

En el cielo lo blanco de las nubes,  
En la tierra la alfombra de la yerba,  
Y do quiera las flores inclinando  
De sueño sus cabezas.

No habrá otra noche como aquella noche,  
El molde ha sido roto en que se hiciera,  
El Oriente tendrá noches magníficas,  
Ninguna como aquella.

#### II.

En noche de tal encanto  
Fué el Cristo á Getsemaní,  
Y fué tanto su quebranto  
Que en nadie cupiera tanto  
A no ser en El y allí.

«Padre, Padre, al cabo dijo  
Puesto en la tierra de hinojos;  
Aquí tienes á tu Hijo;  
Hoy riego mi regocijo  
Con el llanto de mis ojos.

«¡Llegó mi hora! Bien venida,  
¡Padre, pronto voy á verte!  
A la humanidad perdida  
La voy á comprar la vida  
Con la afrenta de mi muerte.

«Padre, sostenme en mi duelo,  
Pase este cáliz de mí  
Si hay quien le tome en el cielo;  
¡Una frase de consuelo  
Que baje recta de tí!»

Esto pronunció y sudaba  
Sangre, en su amargo dolor,  
En tanto el cielo aclaraba  
Y la luna le enviaba  
Un rayo de su fulgor.



## III.

Las auras ténues le perfumaban  
Y entre los rizos se le escondían;  
Con sus cabellos jugueteaban  
Que desataban y que tejían.  
Las altas palmas se cimbreaban,  
Las blancas nubes se descorrían.  
Y las estrellas se despojaban  
De los celajes que las cubrían.

Lleno de angustia salió del huerto  
Con sus discípulos á conversar,  
Y ni á uno solo le halló despierto  
Que compartiera con El su afán.  
«Pronta está el alma y el cuerpo yerto,»  
Dijo, con honda pena mortal;  
Y una vez y otra, con paso incierto  
Volvió á dejarlos, volvió á tornar.

Eden de muerte, jardín de flores,  
Noche tristísima que lo encubrió;  
Decid vosotros los amargores  
Por que el Mesías allí pasó.  
Decid vosotros los blandos giros  
Con que la brisa le acarició;  
Decid vosotros si sus suspiros  
Su amante Padre los recogió.

## IV.

Allá á lo lejos en silencio avanza  
Traidora turba que á prenderle viene;  
El no tiene mas cetro ni mas lanza  
Que el santo amor y la humildad que tiene.

Son los esclavos de la vieja idea  
Con los traidores que el furor cegó;  
Infame y miserable y vil ralea  
Que el odio crea y el dinero unió.

¡Hurra, adelante! A aprisionar al hombre  
Que vá á llamarse, segun dicen, rey;  
Que no quede ni rastro de su nombre  
Ni mucho menos rastro de su ley.

Dicen que viene á destruir el templo  
Y el libro de la ley á destrozar;  
Muera, y así no cundirá su ejemplo,  
Que no hay mas que morir ó que matar.

## V.

Y mientras tanto se aproximaba  
Al bello huerto la turba vil,  
El Buen Maestro se arrodillaba  
Y con voz santa clamaba así:  
«¡Mis bendiciones ellos reciban!  
¡Los hombres todos también! Que al fin,  
Pues que se trata de que ellos vivan,  
Ya es hora, Padre, ya de morir.»

A. SANCHEZ DEL REAL.

## HISTORIA DE LA OBRA EN VALLADOLID.

(Continuación.)

Era tan grande el número de personas que venia á mi casa para visitarme, que ordinariamente no me dejaba tiempo ni aun para entregarme al estudio y la oración. Quién acudía para hacerme toda clase de advertencias, quién á consultarme sobre asuntos de familia ó de conciencia, quién á decirme tonterías y chismes, quién á hablarme mal del clero, quién por solo matar el tiempo, quién en fin, y pedirme dinero, relatando largos catálogos de desgracias, las mas de ellas imaginarias. Mendigos no me faltaban alrededor, ya en mi casa, ya en las calles por donde sabían había de pasar, y es digno de notarse que cuando les preguntaba si acudían á mí porque me hubiesen oído predicar el Evangelio, todos, con muy pocas escepciones, me respondían «que ignoraban dónde estaba situada la capilla, lo

cual aun no habían podido averiguar.» ¡Cosa rara! ¡Sabían á mi casa, que estaba en una calle algo retirada, y no sabían á la casa de Jesús, establecida en el mas céntrico sitio de la ciudad! Ello es lo cierto, que cuando les socorría, marchaban al parecer muy agradecidos, pero no volvían á mi casa ni á la capilla y aun no me saludaban en la calle, y cuando nada les daba, se apartaban de mi lado diciendo que yo no tenía caridad y que «era lo mismo que los otros.» Y es que hay en esta ciudad un gran número de *vividores*, que no tienen Dios ni conciencia, los que, para pedir en casa de los católicos, invocan el título de tales y maldicen de los evangélicos, y cuando solicitan algo de estos, hacen grandes alardes de su amor á la verdad y murmuran de los católicos, siendo tarea vana el buscarles en los templos de los unos ó en la capilla de los otros, pues su templo es la taberna, y su dios el vino, al que rinden perpétuo culto.

Pero si por causa de muchas personas sufría frecuentes disgustos y desengaños, Dios me consolaba enviándome, aunque pocos, leales amigos que me prestaron tan buenos servicios que nunca podré olvidarlos, servicios desinteresados de los que yo tenía gran necesidad como nuevo que era en la población y extraño al carácter de sus habitantes. De estos amigos alguno está muy cerca de abrazar el Evangelio y otros ya creen en Jesús, con lo cual han recibido su recompensa. También hallé consuelo y aun gozo con algunas de las personas que me visitaban, porque las consultas que traían eran mensajeras de los buenos resultados que daba la predicación del Evangelio.

Recuerdo que cierto día fué á visitarme una mujer, la que con timidez y despues de presentar muchas excusas por haber acudido á importunarme,

—Es el caso, señor,—me dijo,—que yo vivo pared por medio de una mujer que está casada.

—¿Y bien...?—le pregunté.

—Que el marido de mi vecina era antes borracho y holgazán, y cuando iba á su casa daba tan fuertes palizas á su mujer, que siempre tenía esta el cuerpo lleno de cardenales. Muchas veces acudía yo con mi esposo para librarla, pero todo era en vano.

—¿Señora, ¿y qué quiere Vd. que yo haga en ese asunto?—volví á decirle.

—Pues le diré á Vd.,—continuó,—el marido de esa mujer ha ido á la capilla de Vds., y desde entonces no parece sino que se han llevado de su casa un hombre malo y han traído otro bueno, porque ni falta á desempeñar su trabajo, ni se emborracha, ni pega á su mujer, sino que están como dos tortolitas haciendo un nido.

—Señora, me alegro mucho,—le dije,—eso nos prueba lo poderosa que es la voz de Dios para convertir los corazones.

—Es que aun no he concluido,—añadió la mujer;—hay otra vecina en la misma casa, cuyo marido es mucho peor que era el otro de quien he hablado á Vd., y como esta ha sabido que por ir á la capilla de Vds. se ha hecho bueno el marido de su compañera, me rogó que viniese á decírselo á Vd. para que haga el favor de ir á su casa á convertir al suyo.

—Señora,—le contesté,—no soy yo el que puede convertir los corazones, sino Dios, el Padre de Jesucristo nuestro Salvador. Ore Vd. á El y encargue esto mismo á sus vecinas, y yo haré despues lo que sea la voluntad del Señor.

Y tomando las señas de su casa, despedí á la mujer.

Así había otras muchas personas que venían á preguntarme si debían orar á las imágenes, si podían rezar el *Padre nuestro*, el *Ave-maria*, el *Credo* y la *Salve*, si podían pedir á las imágenes de Cristo, si existía el purgatorio, si correrían riesgo en no confesarse, si era yo de opinión que la Inquisición no volvería á establecerse, para en tal caso declararse evangélicos, si decíamos misa, si se podía rogar por los muertos, etc., etc.

En todos estos asuntos les traía fácilmente del

error á la verdad; pero una había que me costaba gran trabajo hacerles entender, y es esta: «Que somos perfectamente salvos por los méritos, y solo por los méritos de Jesucristo.»

Tan orgulloso es nuestro miserable corazón.

Mientras estas cosas pasaban en la ciudad, por los pueblos inmediatos se extendió la voz de que en Valladolid había una capilla evangélica, donde se predicaban grandes verdades.

Entonces comenzó á concurrir á los cultos de domingo por la tarde, una buena cantidad de forasteros; estos volvían con otros y así aumentó su número hasta el punto de llamar la atención de aquellos fieros enemigos de la verdad, que desde el Señor Jesús acá, no cesan de martirizar al Evangelio.

¿Cómo habían ellos de tolerar que las sencillas gentes de los pueblos despreciasen la diabólica tutela de sus respectivos curas, para acudir llenas de entusiasmo á oír la amorosa voz de Jesús? ¿Cómo habían de contemplar con paciencia que el domingo entrasen muchos en Valladolid montados en sendas mulas ó en humildes jumentos, á veces con la mujer á la grupa y el hijo en el arzon, y que cuando se cruzaban con algun amigo se dijese á voces que iban á nuestra capilla, ó que preguntasen por ella á algun barrigudo católico, que acaso entonces salía de su templo de ver misa y de pensar entretanto en el mejor modo de colocar á buen precio sus fanegas de trigo ó de rebajar un real al ya mermado salario de sus braceros? ¿Cómo habían de oír con paciencia los animados diálogos de la gente que salía del culto, las protestas que esta hacía de volver á él, de abandonar sus pasadas creencias y de emanciparse del duro yugo de los curas?

Cosas son estas que no les cabían holgadamente en el pecho, y en su consecuencia volvieron con nuevos bríos á la obra de destruirnos. Por lo pronto, estendieron la voz de que la aglomeración de gente en nuestra capilla,—que conceptuaban de pésimas condiciones para el objeto,—necesariamente acarrearía una epidemia; despues fueron algunos curas á la puerta de nuestro local, para espantar con su negra presencia á los tímidos; otros subieron furiosos á sus púlpitos, y como ametralladoras del diablo, dispararon sobre nosotros toda clase de falsedades, no olvidándose de aquella su consabida relación: «Lutero fué un fraile lujurioso, que no hallando otro medio para casarse con cierta descarada monja, que el de apostatar, fundó el protestantismo, etc., etc.» Y por fin, como de todos estos trabajos no recogiesen ningun fruto, antes veían que la fama del Evangelio cundía aun entre respetables personas en quienes «nunca hubieran sospechado tal cosa,» y que acudía á oírle cada día mayor concurrencia que el anterior, se decidieron á picar el árbol por el tronco con hacha de oro, y así, comenzaron la obra.

Paso por alto los medios que emplearon, porque son demasiado repugnantes, pero sí diré que al arrendatario que á su vez nos arrendó á nosotros la capilla, le ocasionaron no pocos perjuicios y disgustos, sin embargo de lo cual se condujo con nosotros como caballero que es.

En vista de esto nos lanzamos en busca de otro local; solicitamos muchos que había desocupados, pero ó nos los negaban ó nos proponían exajeradísimas condiciones. Recuerdo que visité uno situado muy cerca de las afueras de la ciudad, el cual era capaz para 900 personas; se hallaba en estado ruinoso y á la sazón le dedicaban para baile de niñas soldados y gente conocida por la del bronce; pasé á tratar acerca del precio y condiciones, y me propusieron estas: 12.000 rs. de renta anual, compromiso por un año, abonar al punto el importe de seis meses, y además tapiar una puerta que comunicaba con la escalera de vecindad, para que ciertas devotas señoras no tuviesen el disgusto de vernos al entrar ó salir. Si aquel local lo hubiésemos solicitado para otro objeto, lo habríamos alcanzado por 10 rs. diarios á lo mas.

Todo cuanto hicimos fué en vano; los caseros



querian arrendar tentados por la codicia de una buena garantía, pero no se determinaban á ello por temor al «qué dirán» y á los curas y sus secuaces, los cuales tienen aquí tanta influencia como poco crédito, y este no es mucho, pues todos murmuran de ellos, aunque esto no obstante, les temen.

Muy afligida estaba mi alma en aquellos días, y no podía ser menos al considerar que los billares, las casas de juego, las tabernas y aun los lupanares de la prostitucion hallaban vivienda entre estos católicos, mientras que á los siervos del Hijo de Dios no querian concederles ni un palmo de terreno en donde anunciar el Evangelio de la gracia; mas he dicho la palabra «católicos» y no he estado en lo cierto, pues la mayor parte de ellos, aunque tal título se aplican, son indiferentes ó incrédulos, como lo prueban sus frutos, que son los que dan á conocer el árbol.

Aquí comenzaron á mortificarnos las angustias con nuevas amarguras; aquí quiso Dios probar nuestra paciencia; aquí, en fin, pudimos apreciar todo el veneno que encierra el corazón humano cuando la gracia del Señor no se ha entronizado en él.

Mas por ser esta carta algo larga, dejo para mejor ocasion, si el Señor me lo permitiere, el relato de otros sucesos que no los juzgo de escaso interés para el piadoso lector.

(Se continuará.)

## MIGUEL HEALY EL CAMPESINO IRLANDÉS.

Historia verdadera escrita por [el reverendo Juan G.

(Continuación.)

Mis relaciones con Miguel Healy continuaron en el mismo estado hasta 1835, época en que abandonó á Kal para habitar en las inmediaciones de Dublin, donde yo había tenido la dicha de procurar una ventajosa colocacion en casa de uno de mis amigos. Empero su salud se resintió á principio de año, y pronto cayó tan gravemente enfermo, que se vió obligado á pasar parte de la primavera en el hospital. Cuando en el mes de mayo volvió al servicio de su nuevo amo, apenas pudo desempeñar sus funciones á causa del mal estado de su salud. Sin embargo, mi amigo, que conocia los cristianos sentimientos de Miguel, lo trató con mucha benevolencia y consideracion. La benevolencia y los miramientos pueden endulzar muchos males, que la indiferencia no haria mas que agravar. Pienso con frecuencia todavía y con placer en las atenciones de que fué objeto Miguel, este humilde discípulo de Jesús, cuando fué llamado á atravesar el valle de la sombra de muerte. Perseveró hasta el fin como lo prueba una carta de su amo que yo dejaré consignada mas adelante. Cuando sintió aproximarse su fin, Miguel manifestó el deseo que tenia de verme frecuentemente. Encontrándome en Kal no me fué posible, desgraciadamente, pasar á visitarle tan de continuo como hubiera deseado en razon á la gran distancia. No guardó cama mas que una semana, durante la cual le vi dos ó tres veces. Desde mi primera visita observé que su hijo intentaba persuadirle para que volviese al gremio de la Iglesia romana. Quizás el joven obedecía á un impulso extraño. Sea de esto lo que fuere, al entrar yo oí que preguntaba al moribundo: ¿No quisiérais ver algun cura? Debemos mandar decir una misa por vos ahora, y otra despues de vuestra muerte para librar vuestra alma de las penas del purgatorio. ¿Deseais oír algunas letanías de la bienaventurada Virgen?

La respuesta de Miguel me recordó la de Wicliffe, cuando el noble reformador se hallaba en el lecho del dolor: una comision de monjes llegó á visitarle con objeto de persuadirle á que se retratara de cuanto habia dicho acerca de las órdenes monásticas; el cual, despues de haberles escuchado

con la mayor calma y sangre fria, al fin incorporándose exclamó: «No; no moriré, sino que viviré para sacar á luz las criminales acciones de los frailes.»

Mi pobre y antiguo amigo, reuniendo todas sus fuerzas, respondió á las preguntas de su hijo diciendo: Un cura, hijo mio, ¿de qué sirve? ¡Purgatorio! ¡error!... ¡Plegarias por los muertos! ¡error!... ¡Intercesion de una criatura! ¡error!

Luego habló de Jesucristo y del Espíritu Santo; dijo que Jesús es todo lo que el pecador necesita. Soy un pecador, un gran pecador, añadió; mas Jesucristo me basta. Los católicos pueden intentar entrar en el cielo siguiendo su camino, empero jamás lo conseguirán, pues una cerca de punzadoras espinas les cierra la entrada en él. (1)

—¿Sois dichoso, padre mio?—le dijo su hijo, creyendo sin duda que no podia gozar de ninguna felicidad muriendo en la religion protestante.

—Miguel, hijo mio,—repuso el padre;—jamás rey alguno al subir las gradas de su trono, fué tan feliz como yo ahora yendo á mi Salvador el Señor Jesucristo.

Efectivamente, Miguel estaba tranquilo y concentrado en sí mismo; un rayo celestial parecia iluminar su rostro, y yo estando á su lado me creia transportado á las mas serenas regiones; veia cuanto el hombre interior iba rejuveneciendo en el anciano moribundo, y pensaba en este pasaje de la Escritura: *La muerte de los bien amados de Jehová es preciosa á sus ojos.*

Un rato de conversacion con los pobres, una visita al enfermo, al moribundo, llenan con frecuencia el corazón de dulces emociones y proporcionan muy útiles esperanzas.

(Se continuará.)

## NOTICIAS VARIAS.

El día 3 del próximo abril, por la noche, se reunirá en Madrid la asamblea de la Iglesia cristiana española. Los trabajos que han de ocupar á los delegados de las iglesias, son la discusion y aprobacion de una confesion de fé, de un catecismo y un himnario. Terminado que sea esto, se nombrará el Consistorio que ha de dirigir la Iglesia en el próximo año. Antes de dar principio á los trabajos, se celebrará un culto, de cuya predicacion está encargado el presidente actual del Consistorio Don Antonio Carrasco. Esperamos que durante los días que el Sínodo esté reunido, tendremos el gusto de oír en las diferentes capillas de Madrid á los pastores todos que dirigen obras evangélicas en España.

Réstanos ahora suplicar á cuantos se interesen por el triunfo del Evangelio en nuestra patria, que pidan al Señor, de quien procede toda gracia excelente y todo don perfecto, que se digne bendecir los trabajos de la asamblea para que sean de utilidad á la causa de Jesús.

\*\*\*

Segun carta que desde Cádiz nos remite D. Joaquín Bianchi, parece que aumenta considerablemente el número de personas que asisten á los cultos que se celebran en la capilla que dirige nuestro amigo el pastor D. José Hernandez. El 7 de febrero la concurrencia fué tan numerosa que algunos tuvieron que marcharse y muchos quedarse agrupados y de pié durante el culto.

Damos gracias á Dios y la enhorabuena al señor Hernandez por el gran desarrollo que vá tomando en Cádiz la obra evangélica que tanto amamos.

\*\*\*

Nuestro buen amigo y hermano en la fé D. Gui-

1) Esta frase, tomada del lenguaje de los pastores, se emplea en Irlanda para designar una dificultad insuperable.

llermo Moore, nos escribe desde Zaragoza, en donde se ha detenido algun tiempo de paso para Barcelona, una carta de la que tomamos los siguientes párrafos relativos al estado de la obra evangélica en Zaragoza:

«Despues de un feliz viaje, llegué á esta (domingo 3) á las seis y media de la mañana. Como tuve tanto que hacer y que arreglar antes de partir de Madrid, se me olvidó preguntar la direccion del pastor Sr. Eximeno y la de su iglesia; así es, que tuve que salir muy de mañana en busca de la capilla, la que conseguí encontrar al fin, no sin mucho andar y preguntar.

«En la fonda tuve con el Sr. Eximeno una larga conferencia acerca del estado de su iglesia y de la obra en esta; luego fuimos juntos á la capilla. Estaba esta llena por completo, y durante el culto reinaron un silencio y atencion admirables. El buen anciano con su cara de patriarca, su corazón de niño y su celo apostólico, predicó un sermón sobre la fé, que tanto por su claridad, como por la pureza de su doctrina, me gustó sobremanera.

«Terminado el culto, el Sr. Eximeno manifestó á la congregacion, que tenian el gusto de ver entre ellos á un miembro del Comité de Madrid que habia venido á visitarles, y que él aprovechaba la ocasion para hacerles saber el gran deseo que dicho Comité tenia de que la iglesia de Zaragoza empezara á dar pruebas de su fé, contribuyendo con algo para sostener su culto. Una pobre anciana preguntó á uno de los de la iglesia si yo era tan pobre que necesitase socorros, y sacó unos cuartos diciendo que con mucho gusto ella me socorreria.

«Despues hubo junta de ancianos y diáconos, con los que estuve hablando largo rato. La entrevista me pareció satisfactoria, y espero dará buenos resultados. Pude conseguir que prometieran dividir la grey en secciones, quedando cada anciano y cada diácono en el encargo de recojer las suscripciones y de estimular á todos á que cumplan con este deber.

«Por lo demas, esta iglesia me parece que está muy bien organizada. Debemos dar gracias á Dios, al ver cuán señaladamente ha bendecido los trabajos de este buen anciano, que siempre parece estar lleno de fé, de paciencia y de humildad.»

\*\*\*

El día 18 del actual, á las dos de la tarde, celebrará la Sociedad abolicionista su cuarta conferencia.

Está á cargo de los Sres. D. Gabriel Rodriguez y D. Fernando Gonzalez.

\*\*\*

De un periódico suizo del canton de Vaud, tomamos las siguientes líneas:

«Un cura ha dirigido á un diputado una carta llena de piedad y de tolerancia cristiana, en la cual insiste sobre la necesidad de llevar á todas partes en Francia el conocimiento de la Biblia. «¡Ay! dice entre otras cosas, Francia es incrédula porque las tres cuartas partes de los franceses no saben si quiera si existe una Biblia, y nunca van á estudiar la ley religiosa en su mismo manantial. Para que Francia vuelva á la paz, es necesario que vuelva al deber, y yo estoy convencido que no volverá al deber si no estudia con respeto la Palabra de Dios.

«Haced de modo, señor diputado, que la Biblia sea puesta á la cabeza de todos los libros clásicos; que la lectura de ese libro divino sea obligatoria en las escuelas de la República francesa, y que cada día el maestro haga leer un capítulo á uno de los discípulos, y veriamos renacer entre nosotros la calma y la austeridad de las costumbres. Yo leo esta Palabra en todas las lenguas antiguas, y puedo decir con el salmista: «Ella es mas dulce que la miel.»

Sin pretender que la lectura de la Biblia sea obligatoria en las escuelas públicas de España, como el sacerdote de que hemos hablado la quiere para Francia, creemos con él que la lectura de la Palabra de Dios ejerceria, para reformar las costumbres, una influencia mas saludable que la que las mas sábias leyes pueden ejercer.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.